



Algún día Juan Jiménez García

CUENTOS, DE ANTON CHÉJOV (PRE-TEXTOS)

to, un movimiento, un estar) y sin embargo todo es él, así, de la misma manera uno es siempre chejoviano, en todo y con todo, aunque nos acerquemos de cuando en cuando a su obra.

En esta reunión de relatos tardíos de Chéjov (es decir, de su obra de madurez, en la que disfrutaba de la ocasión de poder escribir aquello que quería escribir, sin compromisos), hay algo que los atraviesa en buena medida a todos: las ocasiones perdidas. Como si orbitasen alrededor de él, está ese beso dado equivocadamente a ese oficial feo y poco afortunado que, desde ese momento, recordará ese instante, fugaz y equivocado, como algo transformador, una tabla a la que agarrarse. Un instante que relatado desvelará su absurdidad para los demás. Definitivamente, hay vivencias que solo pueden ser vividas desde la intimidad. La vida se mueve alrededor sin que sus personajes acaben de atraparla, por miedo o pereza, por creer que vivir de otro modo escapa a sus posibilidades o por renunciar a una felicidad por la comodidad de la infelicidad, solo porque ese movimiento de huida representa un esfuerzo, una incertidumbre. Desde la protagonista de El reino de las mujeres, joven, bella, acaudalada, pero atrapada entre la fábrica heredada, la mansión y el deseo

de ser libre, quizás de la mano de un simple obrero, hasta que se representa todo como un absurdo. Como las obsesiones del estudiante protagonista de La crisis, que va de casa de citas en casa de citas con los amigos, asustados de la suerte de las mujeres, que sufre incluso una crisis y que le da vueltas y vueltas a la posibilidad de rescatar a esas pobres y el absurdo de ese rescate, que no representaría nada ni cambiaría el curso de ninguna cosa. Cambiar el curso de los días es una de las obsesiones que atraviesan estos relatos y la obra de madurez de Chéjov, pero si hemos de hacerle caso, todo está perdido, y la esperanza es algo demasiado costoso de mantener. En la maravillosa Casa con desván el protagonista ve como sus sueños se escapan, huyen, se los esconden, entre su pragmatismo y el idealismo de Lidia, que le aleja de su hermana menor. El final, preguntándose dónde estará ella es de una belleza abrumadora y en él convergen teatro y relatos, toda su obra, como un punto del que se suspende. Ni tan siquiera cuando los sentimientos parecen converger, como en El profesor de ruso, se levanta esa atmósfera opresiva en la que mueren sus proyectos de futuro. Un ambiente como el de En casa de los amigos, en el que cuando se levantan los espejismos, las falsas imágenes (reales o no, porque

Una extraña intimidad Óscar Brox

VUELOS SEPARADOS, DE ANDRE DUBUS (GALLO NERO)

otra distracción mejor. Algo que pueda aplacar la ansiedad que despiertan los deseos de sus personajes. En *Ya no vivimos aquí*, por ejemplo, Dubus inicia el relato con dos amigos que se desean. Y, sin embargo, es difícil para el lector no pensar que lo que está escribiendo es un retrato matrimonial, con sus verdades y medias mentiras. Un enamoramiento francamente desorbitado que apenas puede encajar en un molde tan frágil como el de sus personajes. De ahí esa forma de describir a sus criaturas, con un grado de precisión que los acerca más al documento que a la ficción.

Dubus habla de la infidelidad tanto como de la infelicidad. De esa amargura que ha hecho costra en sus vecinos, como la casa permanentemente desastrosa, invadida por cacharros y platos sucios, que ejemplifica como pocas imágenes la sensación de que todo se mantiene en un nivel precario. Que siempre hay un detalle que no encaja, algo que no funciona, un pensamiento que nadie es capaz de verbalizar, que se resiste a caer de la punta de la lengua, y que Dubus gestiona magistralmente mientras nos conduce a través de las veleidades de sus protagonistas. ¿Un hogar? Para quien vive fuera de América puede ser una noche de sexo y algo de ternura

con una extranjera. De remordimientos e impresiones que no se pueden compartir con nadie más (a veces, los relatos de Dubus están atiborrados de confesiones, o de malos pensamientos, que nunca sabemos muy bien cómo tomarnos), de la búsqueda de una complicidad o entendimiento que, si acaso, permita a sus criaturas volver a respirar. Rebajar ese peso, o esa vergüenza, cada vez que piensan que sus deseos chocan frontalmente con lo que es y no es correcto. Que la felicidad, si es que existe, puede ser como una bola de demolición lanzada contra la estabilidad familiar. Que, precisamente, esa malla tan resistente que suponemos es la familia se revela como un tejido demasiado frágil, demasiado artificial, condicionado por tantas y tantas visiones de futuros que prácticamente se ha desvirtuado hasta perder su sentido original. Resulta justo señalar que los relatos de Andre Dubus serpeantean por lo tragicómico tanto como por lo melancólico. Sus personajes son taciturnos, volátiles y, también, impulsivos. Recogen la poca belleza que les queda (ese asunto, como el del envejecer, es otro *leitmotiv* dubusiano; cómo envejecen las promesas hasta convertirse en mentiras colectivamente asumidas) o tratan de recuperarla angustiosamente. Asistimos a la destrucción del

Mundo fantasmal Francisca Pageo

NOSTALGIA DE OTRO MUNDO, DE OTTESSA MOSHFEGH (ALFAGUARA)

escatológica en la que muchos de nosotros diremos: ¿esto era necesario? Pero no importa, lo importante es que Otessa Moshfegh lo escribe muy bien; y lo escribe tan bien que esas cosas que nos desagradan o disgustan no importan. Hay personajes ausentes, personajes con trastornos alimenticios, personajes con trastornos mentales. Y la autora lo detalla todo tan prístinamente que es capaz de traernos esos personajes al mundo real. Es, de hecho, personajes que podrían vivir perfectamente en esa parte de la América capitalista. Son personajes que podemos ver en las películas y en las series y en los telediarios. Son situaciones que están ahí para que nos demos cuenta de lo que está pasando realmente. No son esto relatos fan-

tásticos, sino del aquí y del ahora, que podrían estar ocurriendo en la casa de al lado. Es, quizá esto, lo que más me gusta de este libro. Y sobre todo su mundanidad, su presencia. La búsqueda por formar parte de una comunidad, pero no como una búsqueda del yo, como tanto se anhela aquí, sino como la que realmente queremos y debemos hacer, una búsqueda de la colectividad hacia algo que nos aferre entre las personas. No quiero vender este libro ni tampoco recomendarlo porque sí, simplemente quiero hablar de él como un libro que emociona y saca partes de una misma (no con las que identificarse) con las que te exasperas, te enojas y gruñes. Dan ganas de zarrandear a los personajes y crees que eso

Entre esos raros placeres absolutos, estuvo leer los cuentos completos de Anton Chéjov. Desde hace un tiempo, busco recuperar sensaciones pasadas, incluso pequeños gestos, ligeros movimientos animados por el viento que llega de algún lado y mueve las cortinas, cada vez más pesadas por el tiempo. Aire. Respirar. Entre esos pequeños gestos que nos abocan a algo parecido a la eternidad, está releer al escritor ruso o volver a su teatro, representación tras representación, variación tras variación. Porque uno no ve nunca dos veces la misma obra de teatro, arte efímero, como tampoco lee dos veces el mismo relato ni el mismo libro. Por eso, la reedición de los *Cuentos*, de Antón Chéjov, selección afortunada, coherente, no dejada al azar, de una mínima parte de ellos, era, de nuevo, la ocasión para volver a la calidez de su lectura. Porque Chéjov siempre fue ese lugar a dónde volver cuando todo salía mal, ese espacio donde recogerse lejos de las dudas, ese rincón para no pensar en nada más que en esos lejanos, pero cercanos, personajes que habitan sus relatos y nuestras vidas. Recuerdo haber visto Ojos negros, adaptación chejoviana de Nikita Mikhalkov, muchas veces. Muchas. Pero también sé que no fue hasta encontrarme con Nure Bilge Ceylan, director chejoviano por excelencia (que no adaptador), cuando entendí que uno solo se puede acercar a Chéjov aceptando que sus relatos son fragmentos de vida. Instantes fugaces de existencia. E igual que en las películas de director turco el escritor aparece como una presencia fugaz (tal vez solo una frase sacada de un cuen-

Empecemos por el principio: hay algo en la manera de escribir a sus personajes que me fascina de Andre Dubus. Esa extraña intimidad, propia del observador paciente, con la que se acerca a hombres y mujeres, matrimonios o desconocidos. Cómo apunta tal rasgo que pasa inadvertido, cómo perfila una conversación, cómo se agarra a un sentimiento, lo marea y lo descompone página tras página, mientras retrata la vida suburbial norteamericana. Sus vagas aspiraciones, las relaciones y sus vínculos más o menos frágiles, o esa vanidad con la que se habla del amor, el sexo y el deseo. Por mucho que se trate de relatos, en *Vuelos separados* conviven la miniatura y la nouvelle (la maravillosa *Ya no vivimos aquí*), ambas trabajadas con idéntico ahínco por su autor. Por tanto, la extensión nunca es un problema para Dubus; la única diferencia estriba en el tiempo que dedica a observar los anhelos y las desavenencias de sus criaturas. La profundidad que asoma cuando trata de narrar las interioridades de sus vecinos, la conquista inútil de la literatura estadounidense.

Pero, ¿de qué América nos habla Dubus? De una en la que, ciertamente, las transformaciones y cambios sociales suceden como un ruido de fondo, casi como un murmullo. Algo que perturba bien poco las vidas atribuladas de sus personajes o el paisaje suburbial cuya calma, aparentemente apacible, le permite poner el foco sobre los sentimientos. En sus historias, las mujeres beben cerveza ale y los hombres, simplemente, beben. Se fuma, más que compulsivamente, porque no parece que haya

Otessa Moshfegh es una de las voces americanas del momento. Una joven promesa que con tan solo unos pocos libros ha ganado algún que otro premio importante y ya va a llevarse *Mi año de descanso y relajación* al cine de la mano de Yorgos Lanthimos –aunque esto hace tiempo que fue anunciado. Moshfegh ha sabido conquistar a un gran público, especialmente público de la generación millennial, de diversos países. Con *Nostalgia de otro mundo* nos encontramos ante un libro de relatos estupendos que nos retratan y nos hacen ver la cultura y vida americana sin mirar por encima, sino desde abajo, allá donde los personajes pareciesen personas reales que nos muestran sus más profundas e intensas vidas. Estos son relatos de gente extraña, gente arrojada al mundo. Y qué mundo. Como con la novela gráfica *Ghost World*, de Daniel Clowes, hay una profunda nostalgia, un profundo anhelo en la gran mayoría de estos personajes. No solo por querer pertenecer al mundo, sino por pertenecer a algo que muy difícilmente que arraiga en él. Algún que otro psicoanalista verá aquí ecos a esa fase

no pocas soluciones mueren ahogadas en pensamientos cobardes) solo parece quedar la huida, una huida rara vez hacia adelante y demasiado a menudo hacia atrás, en escapada, por no decir en desbandada. En La onomástica, es necesario que todo se rompa, incluso lo más preciado, para que acaben por encontrarse los sentimientos pasados, aun cuando ya nada podrá ser igual. Esos errores irremediables que puntúan nuestras vidas, que se quedan ahí, atascados entre nuestros recuerdos, capaces de condicionar toda una vida futura. Pero también está esa novia que escapa a su destino inmediato para encontrar, después, con la muerte de un hombre bueno, la fuerza necesaria para huir definitivamente a esa ciudad que la aprisiona.

Y entre todo, está Vanka, ese muchacho desafortunado, que vive una vida horrible alejado de su abuelo, al que escribe una conmovedora carta pidiendo que le rescate de sus tormentos y que le devuelva a aquellos días y aquellas tierras que le hacían feliz y libre. Que le rescate del hambre, de los malos tratos, de ese discurrir de días miserables y horribles, para poder encontrarse con él y con esa luz de la infancia. Una luz buscada no solo por él, sino seguramente por todos en este Cuentos. Porque parecen haber perdido y se aferran a la necesidad de volver a algún lugar que les devolverá esa iluminación íntima que ha de conducirles a un futuro incierto, pero mejor, necesariamente mejor, libres de las ataduras del pasado y del aburrimiento y pesadez del presente.

matrimonio y a su reconstrucción vía aventura sentimental. A la mezquindad, el individualismo o la búsqueda del amor como una especie de isla en la que recalcan los naufragos o los que no saben cómo aguantar la monotonía de las vidas comunes y corrientes. Y, en ese sentido, resulta llamativo pensar que sobre eso escribe Dubus: sobre gente corriente, sobre tribulaciones corrientes, sobre amores que no tienen nada más de extraordinario que el apasionamiento con el que se escriben, se dicen o se recuerdan. Por tanto, que también puede ser que estén condenados a evaporarse más temprano que tarde. *Vuelos separados* habla de una América de piscinas vacías y casas envejecidas, matrimonios que han empezado a olvidar cómo continuar sus historias y vicios menores. El tabaco y el alcohol, más que válvulas de escape, son el papel y el bolígrafo con los que los personajes narran sus aventuras. Los momentos, diría que espectaculares, en los que se sienten de verdad en el mundo. Enamorados. Otra vez principiantes. Menos hurraños, menos mezquinos, definitivamente más humanos. Y siempre, siempre, Dubus permanece observándolos. Atento. Vigilante. Anotando cada deslizamiento del amor, los juegos de verdades y mentiras, la indolencia y las indecisiones que los tienen prisioneros. De manera delicada, violenta y familiar. Como si nos dijese que tenemos que conocer a sus personajes, relacionarnos con ellos, escuchar sus conversaciones y sus interioridades, ser testigos de esa extraña intimidad. Porque es ahí donde reside toda esa belleza. Es ahí donde, definitivamente, empieza todo.

es bueno y que eso es lo que busca de alguna manera la autora. Es este un libro sobre la identidad y no sobre salir a su encuentro, sino sobre la identidad encontrada y que nos hace pensar en la manera en la que cada persona se proyecta hacia al y sobre el mundo. Cada personaje aquí se hace tan extraño que pienso en ellos como esas personas que no logran habitar del todo un lugar, como aquella Enid de *Ghost World*, que bien podría estar en este libro y ser un simple y complejo personaje más de estos relatos. Se me hace inevitable la comparación, qué le voy a hacer. *Nostalgia de otro mundo* es la nostalgia por un mundo desconocido el cual nos han vendido en ese sueño americano. ¿Es el sueño americano algo que existe de verdad? Aquí, se queda en un mero sueño la mayor parte del tiempo, quizá, en algún fragmento, alguna parte de un relato, se encuentra la felicidad, pero todos sabemos que la felicidad es efímera, como el viento que sacude los árboles hasta dejarlos despojados de todo. Quedarán las ramas zarandeadas, los personajes que habremos zarandeado; tanto Otessa Moshfegh como nosotros.

Cuanta impotencia cuando leí *Libros extraños*, de Luis Loayza. Un libro sobre libros, sobre Thomas de Quincey, sobre James Joyce... No solo. En sus ensayos descubre esos instantes que en sí mismos concentran todo el significado del libro, ni tan siquiera evidentes. Esas corrientes subterráneas que lo atraviesan y que solo un lector atento, sensible a las intuiciones, puede encontrar. Y solo un escritor puede revelar, sacar a la luz y arrojar un sentido inédito sobre todo esto. El escritor peruano sin duda estaba ahí y ese libro era una incitación a abandonarlo todo y entregarse a una vida de lecturas reveladas y de misterios por encontrar. Con todo, pasada esa sensación de zozobra, de que todo es en vano y de que no llegaremos hasta allá, uno tiene que seguir contra los molinos de viento (en realidad gigantes), por puro compromiso con aquello que uno ama. Y entonces, un día, a uno le gustaría ser capaz de escribir sobre Loayza como él lo hizo con los demás. Una derrota anunciada.

Otras tardes son cuatro relatos y algunos fragmentos. Loayza practico el arte de la escritura en corto preferiblemente. Escritor peruano a la altura de Mario Vargas Llosa o Julio Ramón Ribeyro, fue más discreto. Vivió sin hacer mucho ruido y murió en silencio. Su escritura quedó ahí, como prueba de esto. Y los lectores, como demasiado a menudo, estaban en algún otro sitio. Tal vez era un escritor para escritores, como se dice de

La carrera por el segundo lugar

Juan Jiménez García

OTRAS TARDES, DE LUIS LOAYZA (PRE-TEXTOS)

algunos poco leídos pero muy apreciados, o escritor secreto, de esos que uno guarda con celo y transmite como si de una revelación se tratara. Si tomásemos a los personajes de este libro por el autor, podríamos pensar en la indolencia, en un cierto gusto por lo perdido, lo que no se debe alcanzar. Pienso en William Gaddis y ese título, *La carrera por el segundo lugar*, y este bien podría ser el título de una crónica posible. Porque sus protagonistas no aspiran a ganar, sino a tener un papel secundario. En el relato que da título al libro, Alfredo no deja de ser el segundo plato de Ana, esa alumna suya, pero no muy distinta en edad, casada. Pero no hay nada que lamentar: es ahí donde se siente cómodo, hasta que los celos vienen a derribar esa fragilidad que se han construido, en el que una aparente relación libre no es más que una prolongación de su vida, llena de indecisiones, de medias tintas, de un sí pero no o un no pero sí. ¿Y en qué se distingue Alfredo del protagonista de *Emredadera*? Son como dos ensayistas escribiendo la historia de su fracaso con las mujeres. Aquí es Adela, que estaba demasiado a mano como para ser prendida. Están bien

pero son incapaces de concretarse. Les gusta demasiado esa indefinición. Como dice en algún momento vive una vida mental, de sueños y lecturas. Y entonces, incapaces de enamorarse, pero también liberados de esa necesidad de hacerlo, entra un tercer personaje, para que él también no llegue triunfante sino segundo. Y aún así, en uno de esos momentos que nos pasan tan poco, en la vida como en la literatura, llega ese momento de la cara en lágrimas y esa mirada de ella. Y podía haber estirado su mano y haberla acariciado, pero eso hubiera sido alterar el orden del mundo, de ese mundo suyo de perdedor satisfecho o, al menos, soportado. Altero el orden de los relatos y me salto uno, para llegar a *La segunda juventud*. Salto para llegar otro lado de la derrota, la de un amor mortecino y desesperado como la garúa, dice él. Esa lluvia americana fina y persistente y que sería como nuestra calabobos, y que bien nos sirve para definir a estos jóvenes, que sin saber ni cómo acaban empapados hasta los huesos, sin aperibirse de nada. Cierto: aquí es una cuestión familiar. Demasiado pobre para la hija de un rico, aunque se quieran y

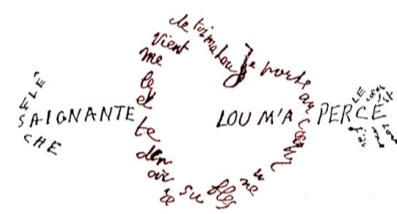
parezcan dispuestos a todo. Parecer. Pero entonces, años después, más viejo, más viajado, siendo alguien (o al menos no un nadie), ocurre lo esperado, que es el divorcio de Graciela, de ella. Vuelve a encontrarla y sigue conservando su belleza, del mismo modo que el conserva su indecisión. Vivir sin consecuencias. Eso es lo que une a los tres protagonistas de estos tres relatos, causas perdidas para hombres perdidos.

Queda *Padres e hijos*, que es otra cosa. En su prólogo José Muñoz Millanes habla de la geografía propia de Loayza, su Santa María. Pero su Santa María es real, es Lima, es Miraflores, los barrios nuevos, que se alejan del centro. Su extrañeza. Un paisaje presente de principio a fin y aquí un poco más. Como también está la memoria del padre muerto, de un tío que está por morir, la ausencia de retratos y el misterio de una amante. En el relato está encerrada una frase: *ser joven es aguardar lo que seremos alguna vez, todo se va dejando para más tarde*. Y luego... Sus recuerdos y el intento de hacerse con una memoria de ese padre, chocan con los intentos de escapar de su soledad del tío Ricardo y la pregunta sin responder de Jaime. Todo se vuelve confuso, como un ruido de palabras incomprensibles. El libro se cierra con fragmentos y otros fragmentos, estos sobre el ajedrez. En uno de ellos cita al maestro Capablanca, que decía que todos estudian las aperturas cuando deberían estudiar los finales. Y ahí está todo.



< SUSCRIBIRSE AL BOLETÍN DEL CLUB PARA RECIBIR PUNTUAL INFORMACIÓN

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



literaturas
literatura en détour

literaturas.detour.es

Inventario para una ciudad: ruinas, marcas y huellas de las sucesivas remodelaciones urbanas; la luz cremosa de las farolas durante una noche de nevada; las conexiones ferroviarias que unen el centro con los suburbios; la rutina de las vidas corrientes con las tribulaciones y fantasías de otras vidas posibles; las historias de rellanos y escaleras, las películas que tienen lugar en la ventana de enfrente o a la música que suena cuando la vecina del piso de arriba toca el piano; la ansiedad del exterior derecho por atrapar la pelota de béisbol; el ruido de las *babushkas* al pisar el suelo; la iluminación íntima, más bien humana, de esos cuadros costumbristas que alimentan la imaginación de los pintores urbanos; la melopea de acentos, culturas y tradiciones que se arremolinan en los barrios periféricos; o la sensación de que la vida pasa, puntuada con frecuencia por cada uno de esos pinchazos cuando nos preguntamos cuándo será la última vez, qué importancia tendrá, de eso que después de tanto tiempo hemos convertido en rutina.

Uno acude a los relatos de Stuart Dybek en busca de un bálsamo, de una lectura que reconecte con los lugares comunes de la memoria. Quizá, en parte, con ese poso de tardía melancolía cuando alcanzamos la madurez a costa de sacrificar los pequeños placeres insignificantes de la juventud. Las alianzas infantiles entre pandillas o esa intuición más o menos desarrollada que nos permite leer entre líneas las historias que suceden en segundo

Escritores, aves nocturnas

Óscar Brox

LA COSTA DE CHICAGO, DE STUART DYBEK (PÁLIDO FUEGO)

plano. *La costa de Chicago* es una de esas obras en las que están presentes unos cuantos planos. En *Chopin en invierno*, por ejemplo, está la descripción de un ambiente familiar, con sus cuitas y tirantezas, los misterios de la mirada infantil y la realidad de esa vida que pasa sin que podamos atrapar nada más que briznas entre los dedos. Está el aire resignado de una herencia polaca diluida de generación en generación, la mirada tierna hacia la vejez y la conmiseración con ese personaje desconocido, el de la hija de la Señora Kubiak, que hace de la interpretación febril del boogie-boogie y otros estilos típicamente negros la pista para explicar su ansiedad vital. La tentación de confundir a Dybek con sus personajes nos mantiene en una tensión prolongada; tanto como la alternancia de puntos de vista. Dybek describe un microcosmos familiar, sí, pero también una sensación de comunidad. A veces se trata de algo anecdótico: en *Descartes*, un acomodador advenedizo lleva a cabo el rito de paso para formar parte de ese mundo de celuloide, oscuridad y palomitas rancias; en *Chapas*, el coleccionismo compulsivo del narrador nos conduce hasta ese

patio trasero donde, a su manera, lo insignificante ha encontrado una función social, una necesidad, algo que sirva para recordar. Dybek habla de criaturas nocturnas, de siluetas solitarias que la escritura se encarga de reunir como si estuviese describiendo las partes de un mismo organismo; la noche, la ciudad, los vecinos, los misterios, los sueños y los anhelos que dan forma a la vida. O, mejor dicho, que dan volumen a la vida. Que le asignan un lugar y un espacio, un territorio y una o varias lenguas. Unos sonidos, los de Chopin o los de los trenes de cercanías; y hasta un sabor, el del chupito de Rey Alphonse que Rudy prepara con su ritual específico en el restaurante checo al que los protagonistas de *Leche condensada* acuden a comer.

Por lo general, Dybek reúne sensaciones del presente y del pasado. Uno de sus personajes experimente un apuro momentáneo cuando descubre, mientras besuquea a su novia junto a la ventanilla del tren, a un adolescente saludando desde el andén. Es solo un instante, pero ahí está el peso de una mirada que le catapulta hasta esa misma edad, hasta ese mismo momento, cuando él también fue

adolescente y pasó días y días fantaseando con las vidas de los demás. Ese instante en el que Dybek solamente desea que el chico del andén se convierta en ese otro adulto que lo observa junto a la ventanilla del tren. Que ya es consciente de lo bueno de verdad. De lo mucho que son capaces de conmovir, de agitar y zarandear, esas pequeñas cosas, esos pequeños rituales, como la leche condensada o la montañita de nata en el chupito de Rey Alphonse. El olor a repollo en el rellano (que debe ser el equivalente polaco a la magdalena *proustiana*) y la huella de las *babushkas* sobre el linóleo. La gravedad, las maldiciones, los pies perpetuamente enrojecidos de Dzia-Dzia en el balde de agua caliente. La felicidad con la que nuestra memoria se conforma con un espacio familiar. En esa geografía palpitante, repleta de historias de amor y de preparación para la vida, Stuart Dybek describe un microcosmos personal en el que las palabras, nunca mejor dicho, dan nombre a las cosas. A las emociones. A ese estado sentimental entre la melancolía y la añoranza, en el que la prosa de Dybek trata de capturar desde lo más pequeño, toda esa belleza de lo inútil, hasta lo más íntimo. Con esa clase de sensibilidad con la que una ciudad se pliega a sus diferentes maneras de sentir, maneras de vivir. En la que el autor, el escritor, se convierte en un ave nocturna revoloteando una y otra vez por las historias de ese barrio en el que su identidad, o su memoria, han quedado forjadas para siempre.

Vidas fragmentarias

Francisca Pageo

TODOS PARECÍAN SOÑAR, DE ÁNGEL BONOMINI (PRE-TEXTOS)

Es curioso cómo, de todos los escritores latinoamericanos que nos llegan a estas latitudes, Ángel Bonomini apenas fuese conocido por aquí. Autor de una enconiable cantidad de poemarios, Bonomini también escribía cuentos, y es gracias a esta edición de Pre-Textos que podemos leerlos y apreciarlos. Nos encontramos ante una edición completa y no solo, sino también anotada por Dario Jaramillo, otro autor que la misma editorial ha logrado traernos a España. Basta adentrarse en estos cuentos que muchos tornan de literatura fantástica, pero creo que para nada terminan serlo del todo. De hecho, muchos no lo son. Al leer algunos de ellos, como *El viaje*, notamos ese sentimiento poético al que Bonomini va orientado y se convierte, de hecho, en mi cuento favorito suyo. ¡Qué descripciones! ¡Qué cantidad de imágenes! Sin duda estamos ante uno de los mejores cuentos de Bonomini. Jugando con diversos estilos de escritura, son estos, cuentos sobre la vida pero también sobre la amistad.

La literatura de Bonomini habla sobre la memoria como se habla de la vida pues al fin y al cabo la memoria es el señuelo de lo que persiste en ella. ¿Hay situaciones triviales en estos cuentos? Yo diría que no, pues encontramos ideas y pensamientos sobre la condición humana. Sí que hay situaciones atemporales, del aquí y el ahora, del ayer y el mañana. Los cuentos de Bonomini seducen y atrapan, y nos enredan entre historias fantásticas y no fantásticas a punto de ser leídas como ese último cuento a recordar. El autor, que era crítico de arte en el diario *La Nación*, también nos traslada aquí situaciones sobre ese mundo. Artístico y veraz. No me reconozco en estos cuentos, pero sí reconozco otras gentes, otros lugares, otros espacios. Leer a Bonomini podría considerarse como leer un periódico. Un periódico en el que nos cuentan cosas ajenas y no ajenas a nosotros; con las que podemos decir que la vida está en otra parte. Allá en el pensamiento del autor, pero también en otros ecos y otras resonancias.

PRÓXIMO CLUB

EL SILENCIO
ORIGEN DE LA PALABRA

11 DE MARZO, 18:30
LLIBRERIA RAMON LLULL
CORONA, 5 - VALENCIA

